

XXVII Seminario Internacional del Partido de Trabajo de México

Los partidos y una nueva sociedad

Ponencia Tema 2. ESTRATEGIAS DE DOMINACIÓN EN LA DISPUTA DE UN NUEVO ORDEN MUNDIAL

2.2 El antiimperialismo a 200 años de la Doctrina Monroe

La necesidad de construcción de paradigmas revolucionarios ante el avance del neofascismo en América Latina

Raúl Llarull

*No te dejes engañar
Cuando te hablen de progreso
Porque tú te quedas flaco
Y ellos aumentan de peso*
Alí Primera (Perdóneme tío Juan)

Alejada de la narrativa idealista del progresismo, que sostiene ante los pueblos de Nuestra América la ilusión de estar avanzando y consolidando una segunda etapa u oleada progresista continental, la terca realidad nos muestra un mundo no solo cada vez más polarizado y en conflicto, sino una región latinoamericana y caribeña convertida crecientemente en terreno de disputa entre el imperialismo norteamericano y nuestros pueblos, que por 200 años han venido resistiendo la injerencia descarada, violenta, rapaz y salvaje, instrumentada por las burguesías y oligarquías locales, a nombre de la doctrina neocolonial monroista.

Adoptando formas civiles, militares, o bonapartistas, apelando a diversos estilos de democracias restrictivas, o a dictaduras de uno u otro tipo, según fuesen los niveles de resistencia popular, las formas de dominación imperial siempre requirieron de fuerzas locales que presentaran una posición de aparente resistencia, y hasta con discursos seudo-nacionalistas y antiimperialistas, que resultaran instrumentales en la neutralización de las verdaderas corrientes revolucionarias populares, antiimperialistas y anti-sistémicas.

Aún en las numerosas experiencias en que, ante la fortaleza de las luchas y resistencias emancipatorias populares, debieron imponer su dominio a sangre y fuego, con invasiones de fuerzas propias o utilizando como gendarmes a las fuerzas armadas contrarrevolucionarias de los países neocoloniales que pretendían mantener bajo su dominio, requirieron siempre de canales de diálogo y negociación con sectores “moderados”, cuyo papel central era la neutralización y división de expresiones revolucionarias y radicales, las cuales solo podían aceptar la expulsión sin atenuantes de las fuerzas enemigas invasoras, o la organización de procesos revolucionarios anticapitalistas.

Los populismos bonapartistas que proliferaron en América Latina a partir de la segunda guerra y postguerra mundial, particularmente en el sur del continente, pero también en México y otras regiones, son expresiones de esas fuerzas,

encargadas de moderar y neutralizar las ínfulas revolucionarias populares, con un fin esencial: garantizar la continuidad y estabilidad del sistema capitalista.

Históricamente, resultan herederas ideológicas de las experiencias reformistas y socialdemócratas europeas de la segunda internacional chauvinista, aquellas a las que un joven Ho Chi Minh despreciaba, al considerar que para esa gente la cuestión de la revolución era asunto de hombres blancos, europeos y urbanos, para quienes el injustificable colonialismo era una cuestión plenamente justificable en favor de “la civilización y el progreso”.

De aquellas fuentes beben aún, a pesar de los sinuosos caminos que la historia les hizo transitar, las actuales corrientes progresistas, postuladas como relevo del capitalismo neoliberal dependiente. Presentándose falsamente como los antagonistas naturales de aquel modelo, resurgen con fuerza a partir del dislocamiento y caída del llamado socialismo real, con la breve instauración de la unipolaridad y los subsecuentes delirios *del fin de la historia*.

Sus palabras claves han sido con frecuencia la humanización del capitalismo, la búsqueda del justo equilibrio entre el capital y el trabajo, la defensa del sistema frente a las amenazas comunistas de cualquier naturaleza que les resultara útil, llamados a la justicia social, pero en el marco de la conciliación de clases (la armonía entre capital y trabajo figura entre sus más recurrentes consignas expresadas a lo largo de la historia).

Códigos para asegurar que, en los momentos álgidos de la lucha, y cuando las fuerzas del pueblo comenzaran a *despertar del largo sueño embrutecedor a que los sometieron* (Segunda Declaración de la Habana, 1962) esas fuerzas “moderadas”, asociadas a un aspiracional y desclasado “socialismo nacional”, o a una supuesta “izquierda, siempre democrática”, siempre bien portada, aceptando un rol minoritario pero instrumental al sistema, fuesen capaces de conducir a las masas populares en agitación y rebeldía, como rebaños a un redil sin salida, al corral del sistema.

Esas fuerzas siempre disputaron liderazgos a las izquierdas revolucionarias, acusando a estas últimas de extremistas, ultras, ortodoxas, radicales o foráneas, ajenas a un supuesto espíritu nacional. También las solían tildar de “antidemocráticas”, abrogándose la exclusividad representativa del modelo.

Aquellos progresismos aborrecen y condenan la violencia de los de abajo, pero guardan respetuoso silencio ante la violencia del Estado burgués, a la que justifican y aceptan como parte de la vida institucional “democrática”.

En las últimas décadas han abrazado con fe casi religiosa y fanatismo incapaz de cuestionar, el dogma de las elecciones como forma suprema de la democracia. Entienden solo un tipo y es la representativa liberal burguesa, aunque a veces, presionados desde la izquierda, se atrevan tímidamente a evocar una hipotética democracia participativa, que no entienden, definen ni les interesa más que como

argumento para profundizar en su verdadero interés: el marketing electoral, destinado a conseguir un triunfo cuantitativo en batallas que jamás vislumbran cualitativas, ni siquiera políticas, tan solo electorales.

Esas fuerzas aceptan como límites aquellos que el capitalismo impone, ninguna otra democracia que la burguesa, otra estrategia que luchar contra la pobreza, pero sin tocarle un pelo a los grandes capitalistas, explotadores y extractivistas de los recursos naturales de nuestros países, incluida la extracción de nuestros mejores cerebros, y de la fuerza de trabajo de nuestras mejores hijas e hijos, siempre y cuando resulten útiles para el desarrollo y sostenimiento de las sociedades de países centrales y de capitalismo dependientes en nuestros territorios.

Ese llamado progresismo no tiene otra función estratégica dentro del sistema que estabilizar la nueva fase de reestructuración capitalista, para neutralizar conflictos y construir una nueva hegemonía burguesa, que ha sido elaborada a lo largo de más de 40 años.

Decía el comandante Hugo Chávez, *“si me meten en el progresismo me corren a la derecha”*. Y tenía razón. Confundir progresismo con izquierda es confundir política burguesa de carácter reformista con acción política revolucionaria, radical y -por lo tanto- aquella que busca ir a la raíz, anti-sistémica.

Son diversas y marcadas las diferencias entre izquierda y progresismo y es bueno recordar algunas, porque es en ese confusionismo narrativo -donde todo parece lo mismo- que los progresismos logran atraer sectores sociales que, de conocer a fondo sus planteamientos y fines, jamás atraerían.

Nos referimos a sectores sociales populares que confían y creen en la necesidad de cambios profundos, y en la urgencia de formas de desarrollo que rompan con los trillados modelos productivos capitalistas, extractivistas, que apuesten a formas de industrialización y avance social interno, con esquema distributivos equitativos, con profunda transformación de las estructuras productivas y tributarias y con un Estado al servicio de las grandes mayorías, con un continente integrado en función de los intereses de sus pueblos y no de sus oligarquías o de los intereses neocoloniales del imperialismo.

Esos sectores jamás se verán identificados con un país que expulsa a sus jóvenes, sin alternativas para jubilarse para sus trabajadores, sin opciones laborales para quienes terminan sacrificadas carreras universitarias o técnicas, con pérdida creciente de conquistas sociales. No se verán jamás reflejados en países que excluyen a multitudes, que abandonan o hipotecan los campos y su gente, que multiplican y reproducen la pobreza, mientras concentran sin cesar la riqueza en cada vez menos manos.

Esos grandes sectores populares han vivido durante décadas esperando que se cumplan promesas de proyectos transformadores profundos, incluso por la vía de

reformas estructurales, que necesitan sin duda participación protagónica de los pueblos, y no la mera “representación democrática” que abraza y propugna el progresismo.

Entre las diferencias entre ambas concepciones podemos señalar sus posiciones ante el desarrollo. Las izquierdas de mediados y fines del siglo XX estaban lanzadas a debatir aquellas concepciones en profundidad, desde las visiones marxistas latinoamericanas de la teoría de la dependencia, que reivindicaban posiciones anticapitalistas y defendían entre otras alternativas, el abandono de la perpetua dependencia a exportar materias primas.

Los progresismos, por el contrario, pasaron a aceptar las bases conceptuales del desarrollo y elementos clave como el crecimiento económico y macroeconómico.

Lo presentan de un modo distinto al modelo neoliberal tradicional, pero siguen basando sus economías en exportar materias primas; en sus discursos critican al capitalismo, pero sus prácticas económicas son capitalistas; no son transicionales, porque su estación final es el capitalismo, aunque discursivamente a veces puedan sostener publicitariamente lo contrario. Sus hechos hablan por ellos.

A partir de aquellas cuestiones diferenciales y con posturas políticas cuestionadoras de *las formas neoliberales*, pero al fin y al cabo *no del fondo*, el progresismo fue ganando terreno, en particular a partir de conquistas electorales en un número considerable de países de América Latina. Pasado el entusiasmo inicial, las limitaciones políticas e ideológicas de esas concepciones salieron rápidamente a la luz, en particular con el agotamiento de la demanda de materias primas y las crisis globales del capitalismo (2008, crisis pandémica y crisis pos-pandémica).

Una de sus debilidades evidentes tuvo que ver con la incapacidad de cumplir promesas, y reducir su accionar al llamado posibilismo, es decir a la adecuación de sus acciones de gobierno a las posibilidades que ofrecían correlaciones de fuerza desfavorables, ya sea desde el punto de vista de las fuerzas parlamentarias o bien desde los poderes reales permanentes, concentrados en las sólidas manos de burguesías oligárquicas proimperialistas, encargadas de entorpecer y no de facilitar la gobernabilidad, a la que sin embargo, se aferraron infantilmente esos gobiernos.

Entre los ejemplos muy gráficos por su dramatismo podemos destacar los dos gobiernos del FMLN en El Salvador, veterana fuerza guerrillera, experimentada luego en las batallas opositoras dentro del sistema, pero llegada a la encrucijada de gobernar desde el pueblo, avanzando en el necesario desmontaje del Estado burgués, con un uso contrahegemónico de las estructuras estatales, prefirió negociar, conciliar, en busca del idílico concepto de gobernabilidad democrática con sectores de la oposición burguesa, quedando finalmente empantanada en la telaraña del Lawfare y las maquinaciones de los poderes judiciales,

parlamentarios, económicos, mediáticos y muy especialmente la presencia de los personeros de Washington en casi todas las instancias de poder.

Aunque el inicio de aquellos procesos llamados en su momento “*oleada progresista, o primera oleada progresista*” se suele asociar al acceso del Chavismo al poder con el primer triunfo electoral del Comandante Chávez en 1999, en realidad no podría considerarse el Chavismo como expresión progresista, sino justamente como representativo de las visiones revolucionarias, que no solo tienen una retórica anticapitalista sino una práctica contrahegemónica consecuente con esa visión, y una correlativa utilización de las propias herramientas de las estructuras del Estado burgués como palancas de transformación estructural, desde procesos constituyentes, pero sobre todo participativos y protagónicos de las masas en su implementación.

Esta visión se aleja profunda y radicalmente de las conductas de prácticamente todos los procesos progresistas que le siguieron, los cuales no solo no se plantearon ese tipo de proyecciones rupturistas, sino que se ufanaban de hacer funcionar de manera efectiva un capitalismo más humano (véase las experiencias de la llamada *Revolución Ciudadana correista, el peronismo kirchnerista, o la guerra contra la pobreza de Lula*). Si otra experiencia debería asociarse a la chavista en cuanto a sus aspectos revolucionarios, ese sería el proceso iniciado por el Estado plurinacional de Bolivia.

Entre estos mismos procesos también podemos encontrar retóricas y objetivos distintos. Unos llamando permanentemente a la construcción del socialismo (con diferentes denominaciones, pero con una perspectiva hacia el socialismo). El resto, progresista, como los neoliberales que les precedieron y a los que habían reemplazado, siguieron propugnando más capitalismo, más reformismo, más socialdemocracia, presentando aquella “izquierda, light, rosadita y supuestamente eficiente”, como la medicina adecuada para librar a la América Latina del aquel viejo fantasma socialista/comunista.

Segunda contraofensiva reaccionaria

La segunda contraofensiva reaccionaria del capitalismo imperialista norteamericano por la recolonización neo-monroista del territorio latinoamericano y caribeño vino recargada de neofascismo, de discursos de odio y extremistas, con acciones mediáticas ofensivas, insultantes, provocadoras y rupturistas respecto a las reglas de juego establecidas en la mayoría de países de la región, a partir del proceso que en los últimos 20 años del siglo pasado, fueron restituyendo formas democráticas como modo de dominación preferido frente al desgastado modelo dictatorial (militar o cívico-militar) en boga desde los 70's.

La centroizquierda moderada ha impuesto, hasta ahora, la tónica de la oleada en curso. Repite mensajes de armonía y conciliación frente a una derecha extrema y brutal, que busca canalizar el descontento social con discursos y acciones más contundentes. Ese progresismo light tiende a quedar desubicado, en un escenario

*alejado de sus expectativas y prácticas normales*¹, señala el economista y analista Claudio Katz, quien pone el dedo en la llaga siempre sangrante de las limitaciones ideológicas del progresismo, al que él generosamente califica de “izquierda light”.

NEGAR nuestras debilidades NO fortalece nuestros procesos

Imaginarnos un continente de avanzada, con una izquierda pujante, poniendo en retirada a las corrientes más reaccionarias y peligrosas para nuestros pueblos en décadas, puede ser un argumento en favor del optimismo de la voluntad, pero no contribuirá a realizar el necesario análisis marxista objetivo y concreto de la realidad concreta, para poder transformarla revolucionariamente. Eso no se realiza desde la teoría sino desde la práctica concreta de la convivencia más íntima con los profundos sentimientos aspiracionales de nuestros pueblos.

La realidad de América Latina y el Caribe al transcurrir el primer cuarto del siglo XXI, se nos muestra cada vez más polarizada. Varios elementos han contribuido a la actual situación, en la que vemos por un lado una amplia oleada de fuerzas de derecha cada vez más extremistas, cada vez más violentas en sus retóricas, cada vez más intolerantes y desafiantes y sobre todo con actitudes rupturistas que resultan atractivas a un cada vez mayor número de frustrados sectores sociales, que han sido empujados a los rincones más abyectos de la pobreza extrema y relativa y a la miseria sin atenuantes.

Para esos sectores, una propuesta de “*rómpanlo todo*”, no resulta alarmista, porque lo que le proponen romper, suena a sus oídos como algo positivo frente al pantano infecto en que transcurren sus vidas, sin esperanzas para sus familias y generaciones posteriores. Entender esto es vital si pretendemos neutralizar exitosamente la ofensiva extremista sobre el sentido común de sectores históricamente desprotegidos, vulnerables y sin esperanzas, a los que se suman capas medias conservadoras, vacilantes y profundamente individualistas.

Es necesario revisar qué se ha hecho desde las fuerzas del pueblo, tanto de izquierda como desde el progresismo, para facilitar las condiciones para que corrientes de tal extremismo de derecha hoy no solo amenacen con una toma real de la institucionalidad, sino que sus posibilidades se equiparen o superen a las de sus adversarios en más de un país.

¿La política como escenario de conflicto o como territorio de conciliación?

Las corrientes neofascistas surgidas y fortalecidas desde el surgimiento del trumpismo y, en particular para América Latina, desde el bolsonarismo, retornaron a un viejo concepto, la lógica de la política como terreno de conflicto, de confrontación y no, como suelen propugnar desde un progresismo marcadamente socialdemócrata, que se empeña -como se empeñaron muchos protagonistas de la llamada primera oleada-, en vender la idea de política como espacio para la concertación, el diálogo y la negociación.

¹ Katz, Claudio, Seis experiencias del nuevo progresismo <https://medium.com/la-tiza/seis-experiencias-del-nuevo-progresismo-f5d29c159859#ftn1>

Esa lógica se restringe al estrecho marco de la política burguesa, aquella que se asegura que esos límites jamás franqueen los del sistema. Podemos afirmar que los progresismos no son neoliberales, pero tampoco son anticapitalistas. Enorme diferencia con la izquierda revolucionaria, de la cual pretenden emular su discurso.

Mientras la izquierda revolucionaria de los años 60, 70 y 80 del siglo pasado concebía la política como un escenario de conflicto, de disputa y de ruptura - ruptura revolucionaria anti-sistémica- las corrientes progresistas, que algunos hasta se atrevieron a definir falsamente como post-neoliberales, en un vano intento de hacernos creer que el modelo estaba siendo superado, pregonaron los llamados “espacios de diálogo”.

Esto sucedía mientras el sistema y las propias incapacidades de aquellas administraciones progresistas se alejaban crecientemente de diversos sectores, incluyendo los nuevos sujetos sociales que han ido apareciendo con sus propias reivindicaciones y banderas de lucha.

La derecha fascista del Siglo XXI ha tomado elementos discursivos y actitudinales de la izquierda tradicional del siglo XIX y XX, con respecto, por ejemplo, a la cuestión del poder, la crisis, la violencia, las luchas, etc., pero a diferencia de la izquierda tradicional (en realidad en las antípodas de aquella) su objetivo es la construcción de sociedades reaccionarias, tradicionalistas, muy afincadas en el sistema capitalista y garantistas de su continuidad.

Mientras el progresismo tomó el relevo de la derecha tradicional asumiendo el papel de controlar la crisis, la derecha extremista busca acelerarla, con la misma lógica de aquella izquierda tradicional, que era que la crisis acelera la caída del sistema, al abrir la posibilidad de un ciclo o situación revolucionaria. Objetivos pues, antagónicos, pero con métodos muy similares.

En periodos de crisis revolucionaria o pre-revolucionaria, el vigor de la movilización popular y el accionar combinado de las fuerzas políticas que las canalizan pueden generar profundos terremotos que ponen en peligro el sistema mismo. Ante esas realidades el bloque de poder actúa con la brutalidad y decisión con que se les vio actuar desde Pinochet en adelante, hasta aplastar toda expresión de resistencia popular.

Pero cuando los tiempos son de reflujo, cuando la ofensiva contrarrevolucionaria se presenta como una política general de recolonización imperial, las fuerzas de la reacción, hoy expresadas en formas neofascistas, buscan el escenario de ruptura pero no del sistema, sino del modelo, de construcción de escenarios de reestructuración capitalista, y estabilización del sistema sobre la base de sociedades profundamente reaccionarias y retrógradas, construidas sobre la frustración, los discursos de odio y la desesperanza. Eso es lo que enfrentan hoy los pueblos de Nuestra América. Negarnos a ver esa realidad es actuar

escondiendo la cabeza, pensando que al cerrar los ojos la realidad desaparece. No funciona ni para el avestruz.

¿Democracia o fascismo? Lucha de clases

Los movimientos fascistas y neofascistas necesitan para imponer su ideología, un amplio respaldo de masas. Pero el fascismo o, en nuestro caso, a las expresiones de lo que podríamos denominar el neofascismo del siglo XXI, les basta con incorporar a miles de seres humanos desencantados de un sistema de organización política del Estado que corresponde a un modelo de dominación de clase demoliberal burgués, en cuyo nombre y por medio de la aplicación salvaje del modelo neoliberal dependiente, se ha engañado a esas masas constantemente, con promesas electorales siempre incumplidas, arrinconando a crecientes multitudes en la miseria y la pobreza extrema, mientras se reduce el círculo estrecho de concentración de la riqueza.

Esos grandes sectores populares, si no son disputados y conquistados por ideas que visibilicen la posibilidad de la transformación revolucionaria de la sociedad con una perspectiva socialista, o que apunte a la búsqueda de respuestas de raíz a los problemas concretos y reales que les afectan, impulsando al mismo tiempo su integración en la construcción cotidiana de formas de democracia popular participativa, protagónica, comunitaria y directa, serán blanco de propuestas que se asienten en la demagógica explotación de sus frustraciones, prejuicios, odios, tabúes e impotencias, convirtiéndose en amplio campo de reclutamiento para las movilizaciones de extrema derecha. Serán presa fácil del fascismo de nuevo cuño.

A esa forma de dominación recurren los bloques de poder cada vez que la crisis del sistema muestra el desgaste e incapacidad evidente de los partidos políticos tradicionales como instrumento apto para mediatizar y canalizar descontentos populares; y cuando otras formas de dominación (militarización, golpes de estado, democracias restringidas o de excepción etc.) no pueden ya ser impuestas de modo preventivo por el bloque social y económico dominante.

Los acontecimientos en América Latina y el Caribe en 2022 y 2023, nos muestran una región donde se está desplegando una suerte de plan de operaciones continental que busca debilitar y, en su caso, arrasar con los avances político-sociales de los pueblos en lucha.

Vivimos en ese sentido, un desafío a escala continental que nos presenta ante una disyuntiva o contradicción central para nuestros pueblos y su futuro, pero también nos enfrenta a diversas visiones desde las clases dominantes.

Para la resolución de sus contradicciones al seno del bloque de poder las burguesías plantean que la contradicción debe definirse en la defensa de la democracia frente a los avances de los procesos de fascistización. Sin embargo, estas visiones limitadas y clasistas, no rompen en ningún caso con el paradigma de las formas propias de la democracia burguesa liberal y representativa.

Por el contrario, desde el campo de las fuerzas populares, el problema no se plantea desde la defensa del modelo sino en la construcción, profundización y avance de formas de democracia desde la base, con carácter comunitario, protagónico, participativo, directo, con sentido de acumulación y de construcción de poder popular, y debe necesariamente incorporar componentes de lucha anti-imperialista, porque no es posible separar el crecimiento de las corrientes de extrema derecha neofascistas de los planes imperiales de reconquista neocolonial.

Un imperio en crisis ante el desafío a su dominación hegemónica global, recurre a un redespiegue neocolonial continental, afianzando su visión neo-monroista de asegurar sus “mercados naturales” presentados como áreas de influencia histórica. El impulso a formas violentas y extremistas de control social político en diferentes países de la región es prueba de su propia situación de crisis. Si los pueblos de Nuestra América enfrentáramos un imperio pletórico, en pleno desarrollo y sin serias amenazas o desafíos, no estaríamos enfrentando el crecimiento de la amenaza fascista.

Resultará oportuno, por otra parte, definir claramente el tipo de democracia de que estamos hablando, y la perspectiva desde la cual estamos planteando el avance del fascismo, así como el tipo de fascismo a que nos referimos. Esto no será posible sin enmarcar el conflicto en el contexto del desarrollo de la lucha de clases, entre las fuerzas del campo popular, sometidas a presiones crecientemente desestabilizadoras (donde gobiernan) y represivas (donde son oposición), cada vez más violentas, abiertas y desafiantes, que no se detendrán con gestos amistosos o intenciones pacificadoras, sino con la derrota sin atenuantes de esas fuerzas neofascistas, que asientan su fortaleza en uno u otro caso, en grupos militares o paramilitares, grupos de choque, escuadrones de la muerte y sicarios, contubernio con los aparatos de justicia y con los grandes consorcios de la comunicación, con el omnipresente apoyo, abierto o encubierto, del imperialismo norteamericano y sus aliados.

Tampoco podemos dejar de considerar que frente a esa ofensiva de fuerzas organizadas de las clases dominantes asociadas al imperialismo, se impone cada vez con mayor claridad la necesidad de impulsar fuerzas revolucionarias capaces de orientar no solo la defensa desde las masas populares, incorporando permanentemente a nuevos actores sociales que engrosan el sujeto social y que aportan nuevos puntos de vista, reivindicaciones e iniciativas enriquecedoras a los procesos de lucha; todo ello integrado en la organización popular para acumular, desde la experiencia y la lucha, las fuerzas necesarias para responder a esa contraofensiva fascista con igual o mayor contundencia que el desafío.

Ya se ha dicho más de una vez que con el fascismo no es posible dialogar, resulta imprescindible derrotarlo y aniquilarlo, porque de no hacerlo serán ellos quienes arrasen y aniquilen a las fuerzas organizadas del campo popular en todas sus manifestaciones.